

Las visitas de Andrés Trapiello



ANDRÉS TRAPIELLO REINCIDE en su práctica diarística con la publicación de *El tejado de vidrio*, el tercer volumen de la serie *El salón de los pasos perdidos*, mientras *Las nubes por dentro*, la cuarta entrega prometida, queda a la espera.

Andrés Trapiello defiende la continuidad de este volumen en cuanto a formas, tono, y contenido, con respecto a los volúmenes anteriores de esta serie de diarios. Así, al amigo que piensa “que había sido gran absurdidad e ilusionismo menudo obstinarse en la publicación de un segundo tomo cuando ya existía uno primero muy parecido”, contesta así: “¿Qué pensaba? Mi vida es rutinaria, sin sobresaltos externos (p. 13)”.

Rutina, repetición, son las características de una clase de diaristas, aquella en la que el propio Trapiello no duda en incluirse: “Llevan diario dos clases de personas (...): aquellas a las que no les pasa nada digno de figurar en diario alguno, lo que podría ser el caso de uno, y aquellas otras que tienen la absoluta seguridad de que las cosas les suceden sobre todo en las páginas de la historia” (p.33). A esta clase de diaristas puede corresponderles una cierta imagen que Trapiello no duda en ofrecernos como la que él quiere para sí; es decir, la que desea que el lector tenga de él: “Me gustaría advertir a las almas caritativas que entrando en estas páginas pudieran encontrarme en la penumbra, sentado en mi sillón, con la cabeza derrotada y los párpados caídos, que [me dejen] estar así, hasta que vuelva de mi reposo” (p. 14). El diarista, consciente del carácter público de su diario, señala desde casi el principio -no dejó de hacerlo en las anteriores entregas- el ámbito, las características, el tipo de protagonista que el lector va a encontrarse. El diario no es para Trapiello únicamente una escritura de uso para el que la escribe, sino, al menos en su caso, una invitación a compartir su intimidad con la de algunos invitados, con sus lectores: “Un diario no es uno mismo. Un diario tampoco son los otros: seguramente está a medio camino entre el yo y el otro. Uno hace un esfuerzo y va más lejos de lo habitual; el otro también hace un esfuerzo y retrocede a su encuentro” (p. 59). Esa intimidad se concreta en dos espacios, fundamentalmente: su casa de Madrid (pero también otros rincones ciudadanos) y su casa en un pueblo de Badajoz, donde pasan las vacaciones él y su familia. La enorme importancia del

entorno físico, habitual en los diarios, no hacen estas páginas novedosas. Pero sí es, cuando menos, interesante la insistencia con la que, ya desde el primer volumen de esta serie de diarios, Trapiello insiste en construir en todos ellos, volviendo sobre lo dicho y ampliándolo si cabe, un mundo cerrado, inmutable, del que él es su cronista. Los dos espacios citados se configuran alrededor de un cierto ritmo vital. Así, escribe: "Domingo. Junto al quiosco de los periódicos el gitano de las flores, que mete en calderos de plástico con agua. Las palomas vuelan igual que cualquier día, pero sólo hoy las vemos. Sale gente de misa de una, aunque no tocan las campanas, y se ve de vez en cuando a alguien con una bandeja de pasteles. Todo es más lento que nunca y las nubes son netas y blancas en un azul turquesa veneciano" (p. 46). De su rincón en Madrid dice: "Me gusta la vida de este barrio. El panadero, a sus casi noventa años, asomándose en la puerta de su panadería, figurita mecánica. El mendigo con los cartones a cuestas. El grupo de oficinistas que salen a tomar café. Las mujeres ricas y sofisticadas que vienen pasado el mediodía a ver escaparates a la calle Almirante oliendo todavía a sales de baño y con los ojos un poquito hinchados de haber dormido mucho, tanto como de haber trasnochado lo indecible" (p. 55). De tal modo vive en ese mundo que cuando sale de él no duda en buscar sus equivalentes. Así, su gusto por el rastro madrileño y las librerías de viejo le gufan en su visita a Nueva York: "La verdad es que han sido muy comprensivos conmigo y ya me han dejado visitar dos librerías de viejo. Una, la Franco-Española, de la quinta avenida, cerca del Flat Iron, y otra, en la cuarenta y cinco, casi esquina con la quinta" (p. 102).

Trapiello desea que el lector participe en ese mundo "suyo", adentrándose en él, compartiéndolo con su creador: "A mí me gustaría que estas páginas fuesen sólo la novela de esa pequeña sala a la que se va sumando gente, y de la que, a medida que pasa la tarde, la gente se va retirando, dejándola de nuevo, al empezar la noche, a merced de sombras y de sueños" (p. 13). En esa sala imaginaria el lector asiste, no solamente a la descripción de lugares y personajes, sino, sobre todo, al espectáculo de una conciencia en su intimidad que mira y piensa. Sobre todo piensa. La intimidad es la intimidad del pensamiento. Las vicisitudes de su quehacer cotidiano, las reuniones navideñas (con su consiguiente reflexión sobre el pasado,

especialmente acerca de la niñez en León), las lecturas vespertinas, los enfados con los compañeros de profesión, en definitiva, todos los personajes y lugares por los que se desplaza su mente, se enhebran en un hilo de pensamiento que deja de lado los hechos biográficos que los suscitan para centrarse en consideraciones morales, literarias, estéticas, etc.

En este sentido se acerca a Montaigne y a Nietzsche, dos autores a los que cita, junto a Stendhal y Baroja, numerosas veces en esta trilogía. Sus líneas de pensamiento se concentran a veces en breves aforismos al estilo de Nietzsche o de nuestro Bergamín. En ocasiones, cuando añade unas gotas de humor, se acerca a las greguerías de Ramón Gómez de la Serna: "Todos lo son, pero el más incomprensible e impenetrable de los dolores es el de las muelas de los demás" (p. 45). Ese mismo rasgo de humorismo le previene del peligro de caer en pretensiones de moralista o gran filósofo dedicado a desvelar los misterios de la naturaleza humana: "Yo conozco un escritor que escribe libros de estos, con anotaciones diversas sobre temas peregrinos, un paseo por el pinar, el encuentro con un erizo que le saca las púas, para terminar diciendo siempre: «De la misma manera el alma humana» o «con no menor aflicción el hombre consigue...» Siento yo también la tentación de escribir, «de la misma manera que mi mesa de trabajo, las pasiones del alma humana». Etc." (p. 73).

Poco a poco parece surgir del texto la imagen del diarista como pequeño filósofo recluido en su biblioteca, varias vueltas del camino y varios años por delante de los demás. A esta imagen contribuyen sus nada disimuladas opciones políticas y artísticas. Así, de los dirigentes del Partido Comunista escribe, justo cuando cae el "muro de Berlín": "Maquiavelo resulta un aprendiz al lado de buena parte de sus dirigentes: pistoleros asesinos, miserables, tramosos, putañeros, oportunistas, aventureros, autoritarios, traidores... O sea: bastante parecidos a los falangistas" (p. 195). De los grandes maestros del arte contemporáneo que contempló en el MOMA de Nueva York escribe: "Los Rothko, los Klein, los Pollock, los Motherwell... Tales cuadros eran lo más parecido a unos ricachones de balneario: sólo se les ve el dinero, porque la salud la tienen por completo quebrantada. No eran más que muertos acartonados" (p. 107).

Pero ni siquiera en esos momentos, cuando Trapiello parece encerrarse en posturas conservadoras y hasta retrógradas, cuando parece querer perder de vista el "gran mundo", se desentiende de su lector. De hecho, el lector no es sólo una de las piezas esenciales para la configuración de estos diarios, sino incluso para su continuación. Al hablar del "lector" Trapiello no generaliza: no piensa en la masa de lectores, sino en lectores concretos. Se dirige a los lectores de uno en uno, desde su individualidad en busca de las otras. Todos los materiales consignados en los cuadernos que van a conformar los diversos volúmenes de su serie *Salón de pasos perdidos* aparecen con la característica falta de orden y coherencia de un auténtico diario. En este sentido, a pesar del carácter público de los mismos, su autor no se preocupa por ordenar sus pensamientos, sus "máximas", sus reacciones ante determinados hechos, sus impresiones. Parece que esta tarea la deja para sus lectores. Lectores enclavados en un futuro más o menos aleja-

do del tiempo de la escritura de los diarios: "He aquí pues, el trozo de mi vida sucedido hoy sin lógica, en busca de su lógica de mañana, y que escribo para que el lector futuro (el mismo que leyó a Stendhal cien años después, el mismo lector, no el mismo Stendhal), resolviendo mi pequeño enigma, me haga la compañía que no consigo ni siquiera hacerme yo mismo, ni en cuerpo ni en sombra" p.208). Este auténtico diario aprovecha el hecho de su publicación para confiar en los lectores como auténticos albaceas encargados de poner en orden -sin necesidad de esperar a la muerte del autor, desde luego- los papeles perdidos en su salón para pensamientos. Esta es sin duda una invitación permanente a que el lector haga compañía, necesaria, imprescindible, al diarista en su casa. Una invitación que al mismo tiempo que favorece que el autor no de por terminada su serie, sino que desee aumentar el número de papeles con los que él y sus invitados habrán de explicarse, entretenerse y acompañarse por muchos años.

Ricardo Fernández Romero